



Misa Crismal 2021

Con profunda alegría os agradezco vuestra participación en esta celebración, que es un signo de la unidad de la Iglesia diocesana, en la común fraternidad de vida apostólica en Cristo, por la unción del Espíritu.

La bendición de los óleos de los enfermos y los catecúmenos y la consagración del santo crisma confieren a esta Eucaristía una extraordinaria significación sacramental y misionera, que incluye una referencia múltiple: a Jesucristo mismo, como sacramento del encuentro con Dios, a la Iglesia como sacramento universal de salvación (LG 1 y 48; Ad gentes 1), a los sacramentos de la Iglesia y a cada uno de los fieles, que por los sacramentos hemos renacido y permanecemos en Cristo y en su Iglesia.

1. La unción por el Espíritu de Dios como fuente de la misión es el mensaje común de las tres lecturas de la Palabra de Dios.

El profeta Isaías anuncia la unción como constitutiva de su condición de profeta y como origen de su misión: *“El Espíritu del Señor está sobre mí, porque el Señor me ha ungido”*. La unción concede al profeta la presencia del Señor en su vida y la capacidad de actuar en su nombre. La unción es la fuente del envío a la misión de anunciar la buena noticia de un nuevo tiempo de gracia del Señor, con sus efectos de curación, liberación, consolación y fiesta de alegría y alabanza. Estos frutos de la gracia del Señor son anticipo de un pacto perpetuo de Dios con su estirpe elegida, que será reconocida por las naciones y los pueblos como “Sacerdotes del Señor”, “Ministros de nuestro Dios”.

Jesús declara la Escritura de Isaías definitivamente cumplida en su persona y en su misión. La *Buena Noticia* nace de la unción. La primera, la gran unción sacerdotal de Jesús, es la que hizo el Espíritu Santo en el seno de María. El Espíritu Santo configura su existencia humana como Mesías y Ungido, como Hijo de Dios y enviado del Padre, para salvar a su pueblo de sus pecados.

Y el Apocalipsis declara realizados los frutos de la unción y la misión de Jesús en sus discípulos a lo largo de los siglos, tanto en la comunidad peregrina en este mundo como en la asamblea celestial de los definitivamente redimidos.

La misericordia de Dios se prolonga a lo largo de toda la historia de la salvación, porque Dios es amor eterno. Y Jesucristo, el testigo fiel y obediente, lleva a culminación en su cruz y resurrección el amor de Dios a este mundo. Con su sangre ha redimido el pecado el mundo y nos ha reconciliado con Dios; por ello, todos *“mirarán al que traspasaron”* (Jn 19,37) y lo reconocerán como *“el Alfa y la Omega, el que es, el que era y ha de venir, el Todopoderoso”*. La Iglesia del Apocalipsis confiesa que el pueblo



redimido con la sangre de Cristo ha sido constituido reino de sacerdotes para Dios, su Padre. Y lo proclama en medio del mundo y frente a los poderes que la acosan y persiguen.

2. Ungidos para ser sacramento de Cristo

La palabra “sacramento”, en sentido general, quiere decir presencia y actuación de Dios a través de realidades de su creación y, sobre todo, a través de las criaturas formadas a su imagen para poder ser ungidas por su Espíritu en orden a una misión.

La unción por el Espíritu es la fuente de la identidad personal de los renacidos en Cristo y de la presencia y actuación de Dios a través de nosotros, sus hijos de adopción; es decir, la unción por el Espíritu nos transforma en signos y medios de testimonio de Dios en medio del mundo. Jesús lo expresó diciendo que sus discípulos somos luz del mundo, sal de la tierra, levadura en la masa. El Papa Francisco nos ha dicho que cada discípulo misionero es una Misión en el mundo. De forma semejante podemos decir que cada discípulo, nacido del agua y del Espíritu, está ungido para ser sacramento vivo del Maestro y Señor Resucitado.

3. Los ungidos en el sacramento del orden

En forma eminente estamos **llamados a ser sacramento del Señor Resucitado** los que hemos sido llamados al ministerio pastoral y hemos sido ungidos por el Espíritu Santo en el Sacramento del Orden, que nos configura con Cristo Sacerdote, Maestro y Pastor.

Los sacerdotes así ungidos estamos llamados a ser Evangelio vivo, **sacramento de Cristo en persona**. Es decir, se trata primero de ser, no de hacer. Se trata de ser, antes que maestros de la fe, lugares teológicos de la fe, verdades vivas del Credo, sujetos y objetos de la fe, en cuanto somos miembros de Cristo, prolongaciones de su encarnación, templos y ofrendas sacrificiales de su sacerdocio. Esto implica, según el testimonio de Pablo: que ya no soy el que vive, es Cristo quien vive en mí vivo de la fe en el Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí.

Esta manera de vivir el ser sacerdote es **vivir nuestra vida y ministerio como un misterio de fe**. Yo, como sacerdote, no soy un agente de pastoral, no soy un funcionario ejemplar, entregado al servicio de mis hermanos en la fe y de todos los que buscan verdad y consuelo. **Soy esencialmente un misterio de fe**, para mí mismo y para los demás. Y, para ello, necesito comprenderme y vivir en Cristo como un regalo de su amor y misericordia; y como un milagro permanente de la gracia de Dios.



Carlos López Hernández

La recompensa o gratificación personal del sacerdote no es ser reconocido y querido, no es ganar discípulos y agrandar la comunidad parroquial y hacerla más viva. Todo eso es bueno y necesario, pero es insuficiente. Pues, ¿qué me pasa y como me siento si no lo consigo? ¿Cómo integro con serena paz las dificultades, los escasos o casi nulos frutos visibles en la tarea pastoral? ¿Cómo vivo el cargar con la cruz de mis propios pecados y limitaciones y de las indiferencias y faltas de crecimiento en la fe y vida cristiana de los creyentes? ¿Qué eco me producen las deficiencias en la fraternidad apostólica de los hermanos sacerdotes?

Para prevenir o curar el desaliento que nos acosa es necesario que no predomine en nosotros la interpretación y vivencia del ministerio, y de sus diversas y difíciles tareas, en una perspectiva funcional socioreligiosa. Necesitamos con urgencia recuperar o intensificar más la **inserción mística en el misterio de Dios y en el misterio pascual de Jesucristo**. Esta es la forma más adecuada para profundizar en el misterio del hombre y hallar caminos y formas para acompañar sus búsquedas, iluminar sus sombras, sanar sus heridas y dar consuelo, esperanza y ayuda en su soledad, necesidades y dolores.

De la fuente de la Pascua renace siempre la alegría en la entrega sin buscar recompensa, la mayor satisfacción en amar y no en ser amado, la honra en buscar o aceptar los últimos lugares, la alegría en los logros pastorales de los hermanos y la cooperación para hacerlos crecer en otros ámbitos y dar más frutos en toda la Diócesis. En definitiva, **de la Pascua nace la alegría en la fidelidad al ministerio**, la caridad pastoral, la paciencia apostólica y la humildad. Del Espíritu del Resucitado nace la alegría de la misión compartida en el arciprestazgo, en los equipos apostólicos.

Para crecer en estas actitudes necesitamos reiniciarnos en la oración, encontrar tiempos de silencio y descanso físico, psicológico y espiritual, favorecer y disfrutar de la fraternidad sacerdotal, cuidar el estudio y la reflexión pastoral, aprender nuevas formas de pastoral en equipo apostólico y de anuncio y pedagogía de la fe, por ejemplo y de forma más urgente, en la catequesis de iniciación y en el acompañamiento de los jóvenes.

En expresión del Papa Francisco, **el anuncio del Evangelio contiene tres gracias inseparables**: su *Verdad*, su *Misericordia* para todos los pecadores, y su *Alegría*. La verdad de la *Buena Noticia* es la que se encarna en la vida real de las personas. La misericordia no es la falsa conmiseración, que deja al pecador en su miseria, porque no le da la mano para ponerse en pie, y no lo acompaña a dar un paso adelante en su compromiso. **Las alegrías del Evangelio son muchas y variadas**, son especiales, según el Espíritu tiene a bien comunicar en cada época, a cada persona en cada cultura particular.



Carlos López Hernández

4. Renovación de las promesas de la ordenación

En esta Misa Crismal, el recuerdo nos lleva al día en que el Obispo, por la imposición de las manos y la oración, nos introdujo en el sacerdocio de Jesucristo, de forma que fuéramos “*santificados en la verdad*” (Jn 17,19). Y cuando vamos a renovar las promesas que hicimos como programa de vida, pedimos al Señor que permanezcamos santificados en la verdad en la realidad de nuestra diaria vida ministerial, que en nuestro servicio sacerdotal a los hermanos seamos testimonio de la comunión con Jesucristo. Que su gracia haga realidad nuestra voluntad de unirnos más Cristo y configurarnos con él en la entrega de nuestra vida por la Iglesia de la forma hoy más significativa. Que la unción del Espíritu nos haga testigos y ministros de la alegría del amor y de la misericordia de Dios.

Catedral Nueva, 31 de marzo de 2021